

Poesía

---

**LOS POEMAS DE LA OFENSA**

**JAIME JARAMILLO ESCOBAR**

© Jaime Jaramillo Restrepo

© Tercer Mundo, Bogotá, 1968

© Fundación Simón y Lola Guberek, 1985

© Editorial Universidad de Antioquia, 2000

## OFRECIMIENTO

Por su condición de laberinto, un libro es la mejor trampa que existe para cazar espíritus. El juego de atraparse unos a otros es la literatura.

No se adaptó mi espíritu a la simpleza normativa de la línea recta y por eso no seguí una. Todas las líneas rectas se entrecruzan estorbándose y no vi claridad en ello. Cuatro vidas rectas componen un asterisco. Me parecía simpático. Lo simpático nunca me ha simpatizado.

El hombre nació errante. Si la especie se hubiera desplazado en línea recta, hubiera ido a parar al mar. No me gusta ahogarme. He ido de un lado a otro porque ese es el destino natural. Y les he arrojado piedras a los que van en línea recta. Bien se dice que la línea recta es el camino más corto entre la vida y la muerte. La errancia es la única forma de despistar al tiempo. Meter al tiempo en el laberinto de nuestra errancia. A eso lo llamaba Carlos Castro Saavedra *jugar con el gato*.

De aquí y de allá, de todas partes fueron tomados estos poemas, que se sustraen a la línea recta. ¡Tan aburrida la línea recta, que ni a los aviones les gusta! La línea recta, a poco andar se curva. Es la forma más rápida del engaño y la siguen los compulsivos, los azuzados, los que aspiran a llegar pronto. Me demoro en el camino, me resisto a llegar, porque ya sé lo que hay allá. Mi amigo DARÍO JARAMILLO AGUDELO (con él la prudencia y la fortuna) tuvo el valor de mandar su pie derecho a explorar. Por lo tanto él sabe más que yo. Le ofrezco este libro en reverencia, admiración y reconocimiento, y con honor.

*Medellín, 1991*

---

## PROLOGO EN LA CUARTA EDICION

Creí haber compuesto estos poemas en verso libre versicular, llamado también prosa versicular, y estuve siempre dispuesto a defender esa apreciación, dado que el verso es una forma de la prosa. El respeto por el verso me obliga a conceder el beneficio de la duda a la objeción académica, y el respeto por la prosa me lleva a aceptar de buen grado su identidad con ella. Por lo tanto he dispuesto los versos como versículos, modo que ya adopté para otros libros. En prosa, en versículo, en verso, en semiverso, el poema siempre es el poema.

También me permití algunos retoques; nada esencial, aunque en estas páginas la forma es esencial. He querido respetar en todo al joven que las escribió, pero asimismo debo respeto al hombre maduro que ve reeditarse su primer libro, no sin satisfacción, pero tampoco sin recelo por prohijar durante demasiado tiempo algún término que no acaba de ajustarse a la necesidad del texto.

La relectura impuesta por esta edición me devolvió al misterio que para mí sigue teniendo la génesis de todo poema, y la imposibilidad de explicarlo. El poema se comprende, o no se comprende. Es decir, se siente o no se siente. Las puertas del misterio sólo se abren para los misteriosos. Si se golpea en ellas, se ajustan aún más. Este libro se abrirá por sí mismo, si eres el que debe ser.

---

## INTRODUCCION

Por ANDRES HOLGUIN

*("Antología crítica de la poesía colombiana". Bogotá, 1979)*

El gran poeta del Nadaísmo fue, más que su propio fundador, ese otro personaje misterioso, que inicialmente se enmascaró bajo el seudónimo de "X-504". Con tan extraño nombre firmó y publicó varios poemas nadaístas, audaces, renovadores, inquietantes. Detrás de estos versos desarticulados se adivinaba un hombre culto, sagaz, y un poeta que fluctuaba entre lo macabro y lo tierno, que, desgarrado interiormente, vivía patéticamente su *nada*. Después, un poco para desengaño de todos, resultó ser un hombre corriente, con nombre propio —Jaime Jaramillo Escobar—, buen trabajador, editor y tipógrafo para más señas, un poco más conformista —exteriormente—, de lo que sus poemas rebeldes harían suponer. "Fue una decepción", dice Gonzalo Arango. Con todo, ya descubierto, seguirá siendo siempre un ser enigmático.

Su vida, empero, no interesa. Interesa, y mucho, su obra poética, creada con un estilo inconfundible, fuera de serie inclusive dentro del Nadaísmo, que, con una precisión rara en la poesía y con una peculiar mezcla de humorismo oscuro y desolación lírica, revela una soledad infranqueable y dolorosa.

Hondo conceptualmente —sin ser racional—, siempre actual y sutil, sarcástico e imaginativo —una fantasía referida a lo real de manera muy viva—, Jaramillo Escobar habita su nada. Es quizá el más nadaísta de los nadaístas. En sus versos —excepcionalmente renglones tradicionales; casi siempre amplias prosas

poemáticas— todo sistema se evapora. Mundo y juego humano pierden sentido. Poesía terriblemente auténtica —original no sólo en sus temas sino en la manera de tratarlos—, en cuyo acento resuena un sombrío Baudelaire contemporáneo. ¿Un Blake? ¿Un Claudel ateo? ¿Un Blois actual? Su poesía denota un pensador hondo, desgarrado como los más altos líricos, sensual y amargo, patético siempre, con algo kafkiano. Este insondable X-504 resulta imprevisible, insobornable. Al asomarnos a sus versos nos hallamos ante un abismo. Su aventura sigue abierta, inédita. Parece buscar, con amargura contenida y mucha dulzura íntima, una serenidad que constantemente se le niega. A veces cambia su tono duro, se torna plácido, melancólico, triste o abatido sin dolor; también sin esperanza. Otras veces, el poema parece desenvolverse en dos niveles, uno de pavora, otro mordaz sobre las cosas cotidianas. En esta lírica, impresionante, de la vida diaria, es difícil que se le supere. En ocasiones son poemas monologados, o con diálogo tácito, o extensivo a personajes —como Whitman—, o a obsesiones y deseos. En el fondo, una poesía escalofriante (como su *Aviso a los moribundos*), que revela la convicción de que está de más en el mundo: “La última alma —dice— era la mía, alma siempre sobrante y solitaria”. Son frecuentes estos rasgos de su autobiografía interior. Palabras elementales: su poesía emana de algo más recóndito. Cuántos poetas más conocidos —su lírica es todavía ignorada entre el público y la crítica— resultan superficiales al lado de este sincero desgarramiento, retenido, sin embargo. En formas mínimas expresa una honda poesía, como en el *Apólogo del paraíso*, con su sugestivo verso final, que puede vincularse a aquella confesión suya: “El secreto de mi estilo está en que escribo siempre desnudo”. Su obra, aunque muy reducida —¡Qué más da!— se nos antoja uno de los instantes culminantes de la lírica colombiana. Entre pocos, poquísimos —si se hiciera la más estricta selección— él tendría que figurar, con su tea oscura, incendiaria e iluminativa a un tiempo, pues su poesía, tan viva como llama viva, destruye, crea, agoniza, revive, fulmina, arde.

El autor de *Aviso a los moribundos* es, sin duda, uno de los mejores poetas colombianos de cualquier época. Lo extraño es que esta lírica impar no haya sido valorada, situada adecuadamente todavía. ¿Por qué *Los poemas de la ofensa* han permanecido en esta penumbra cercana al olvido?

Un tono completamente diferente es el de sus *Coplas de la muerte*, poema casi jocoso, bailarín y sangreligero, con algo de romance popular y de fábula española del medioevo.

Ya subrayamos la influencia de Federico Nietzsche sobre el Nadaísmo colombiano. Algunos rasgos del *Zaratustra* se hallan en Gonzalo Arango; otros, en este amargo y dionisiaco X-504. Su obsesión por la divinidad, sin llegar a un Dios concreto, le conduce a una innominada angustia. A veces a una actitud de rebeldía: “La policía lo metió a la cárcel pocas horas después, como a todo hombre que intenta ser feliz”, pues en este poeta, como en Gonzalo Arango, hay un contenido de insurgencia social.

Para terminar esta visión de la poesía de Jaime Jaramillo Escobar, nos remitimos a sus poemas; su reiterada lectura es, como siempre, mejor que cualquier comentario marginal.

---

*NOTA. Los poemas incluidos por Andrés Holguín en el ensayo del cual estas páginas hacen parte, son: Aviso a los moribundos, Coplas de la muerte, Problemas de la estética contemporánea, La llaga incurable, Ruego a Nzamé, Apólogo del paraíso, Conversación con W. W., El esperador, Visita de la ballena, La búsqueda, El deseo.*

---

*La lámpara del hombre interior  
consta de tres pabilos,  
esto es: nuestro cuerpo, nuestra alma  
y nuestro espíritu.*

LIBRO DE JUAN, ARZOBISPO DE TESALÓNICA.

---

## CICLO I

### AVERIGUACIONES DE LA POESÍA

*El poeta no levanta un dedo para mover el mundo;  
el mundo gira alrededor del poeta.*

## MAMÁ NEGRA

Cuando mamá negra hablaba del Chocó  
le brillaba la cadena de oro en el pescuezo,  
su largo pescuezo para beber agua en las totumas,  
para husmear el cielo,  
para chuparles la leche a los cocos.  
Su pescuezo largo para dar gritos de colores con las guacamayas,  
para hablar alto entre las vecinas,  
para ahogar la pena,  
y para besar a su negro, que era alto hasta el techo.  
Su pescuezo flexible para mover la cabeza en los bailes,  
para reír en las bodas.  
Y para lucir la sombrilla y para lucir el habla.

Mamá negra tenía collares de gargantilla en los baúles,  
prendas blancas colgadas detrás del biombo de bambú,  
pendientes que se bamboleaban en sus orejas,  
y un abanico de plumas de ángel para revolver el aire.  
Su negro le traía mucho lujo del puerto cada vez que venían los barcos,  
y la casa estaba llena de tintineantes cortinas de conchas y de abalorios,  
y de caracoles para tener las puertas y para tener las ventanas.  
Mamá negra consultaba el curandero a propósito del tabardillo,  
les prendía velas a los santos porque le gustaba la candela,  
tenía una abuela africana de la que nunca nos hablaba,  
y tenía una cosa envuelta en un pañuelo,  
un muñequito de madera con el que nunca nos dejaba jugar.  
Mamá negra se subía la falda hasta más arriba de la rodilla para pisar el agua,  
tenía una cola de sirena dividida en dos pies,  
y tenía también un secreto en el corazón,  
porque se ponía a bailar cuando oía el tambor del mapalé.  
Mamá negra se movía como el mar entre una botella,

de ella no se puede hablar sin conservar el ritmo,  
y el taita le miraba los senos como si se los hubiera encontrado en la playa.  
Senos como dos caracoles que le rompían la blusa,  
como si el sol saliera de ellos,  
unos senos más hermosos que las olas del mar.  
Mamá negra tenía una falda estrecha para cruzar las piernas,  
tenía un canto triste, como alarido de la tierra,  
no le picaba el aguardiente en el gaznate,  
y, si quería, se podía beber el cielo a pico de estrella.

Mamá negra era un trozo de cosa dura, untada de risa por fuera.  
Mi taita dijo que cuando muriera  
iba a hacer una canoa con ella.

## LA EMBOSCADA DE ALTAMIRA

Nos reunimos todos en el palacio de cinco pisos para asistir a la representación.  
Todos los pisos se abrían interiormente hacia el gran patio central y los balcones  
comenzaban a llenarse de invitados que limpiaban sus espejuelos y abrían —ellas— las ventanas.  
Yo, en compañía de mi adicto monstruo, el que siempre lame mis pies y jamás se separa de mi lado,  
subí hasta una buhardilla lateral, que desde fuera se ve coronada por un hipogrifo de bronce,  
y allí me instalé con él, solos y disfrutando del mejor ángulo posible.  
A poco estar vimos una niña que atravesaba el patio y corría a esconderse detrás de una columna, en el  
sótano,  
y luego un niño que salía por el extremo opuesto y se dirigía hacia ella con la mano extendida,  
y un globo aerostático que descendiendo entre tanto sobre el patio  
soltaba en el extremo donde se había escondido la niña un balón de colores y el niño que gritaba:  
—¡No coloquen esa bomba!

Luego el edificio comenzó a estremecerse  
y los invitados no sabían hacia dónde correr.

Olvidaba decir la palabra Camelia.

## LA LLAGA INCURABLE

*El día es infinito*

J. W. Goethe

Hay un animal que tiene que estar siempre con el día. Si lo alcanza la noche, muere.

Este animal corre con el sol, para él es siempre medio día y no conoce la oscuridad.

Le da la vuelta a la tierra con el sol; corre, vuela, nada; está hecho así a su necesidad de luz.

Atraviesa las selvas, las montañas, los mares, siempre con el sol.

En las islas es fácil verlo cuando pasa siguiendo al día. Va siempre debajo del sol.

En el último eclipse se precipitó en el mar como un paracaídas del sol. Estuvo a punto de morir.

Asimismo hay otro animal que tiene que estar siempre con la noche. El día no le puede tocar la punta de la cola, porque muere.

Este animal va siguiendo la noche, por continentes, islas y mares; pero no es fácil verlo. Sólo una vez estuvo a punto de ser atrapado sobre el Océano Indico.

No conoce el día y si por algún acaso se llegara a encontrar con el animal que va siguiendo al día, la pelea de ambos levantaría olas de cien metros en la mar, y trombas capaces de derribar un navío.

Cuando niño, solía yo quedarme despierto toda la noche en el zaguán esperando que pasara este animal para verlo, pero quizás no pasaba por mi aldea.

Yo pensaba que él comería estrellas, pues ¿quién no sabe que las estrellas suben y bajan? Pero tal vez no se alimentara más que de luciérnagas.

Este animal no tiene un nombre fijo porque en cada país lo llaman de un modo distinto. Nunca quiere salir de las tinieblas, y si el dedo de la luz lo toca en la espalda le abre una llaga incurable.

## EL CANTO DE CAÍN

A través de la ventana escucho un canto profundo y desgarrador: seguramente mi hermano Caín está cerca.  
Yo quisiera cantar como él, pero el extraño Señor del Paraíso sólo puso oraciones en mi lengua,  
y el humo de los sacrificios de Abel el escogido sube derecho al cielo,  
aunque la ofrenda sea de cabritos muertos por la luna o de frutos mordidos por la nieve.  
Mi hermano Caín me escribió una carta en donde habla de la dulce lengua de la serpiente en el fondo de su garganta,  
pero el guardián de las llaves de la escalera secreta permanece a discreción día y noche junto a la reja,  
y estoy rodeado de querubines y serpientes.  
Mi hermano Caín, perfumado con humo de locomotora, me llama a través de la noche,  
mientras al fondo del paraíso se alza una gran luna roja y peluda.  
El día del fin del mundo yo quiero resucitar en bicicleta, con mis jeans y mi chaqueta de asaltos.  
Desenrollaré mi navaja automática para ocultar mi timidez, y con mi actitud característica me le pondré de pechos a la tarde.  
Y si no pasa nada me asaltaré yo mismo en cualquier calle, pues no puedo vivir de otra manera.  
Después me echaré como una gran oreja debajo del cielo estrellado para oír blasfemar a Dios.  
Y esperaré que al amanecer una gota de rocío venga a hacerme el amor.

## EL VIAJERO DE VEINTE CABEZAS

Es cierto que nos pesaba demasiado el corazón y, arrancándonoslo, lo echamos a un basurero,  
y cuando fracasó nuestro último intento de suicidio nos reclinamos atemorizados en nuestra cabaña de cinabrio.  
Por eso os sugiero que esta tarde nos vamos, recogiendo nuestros pedazos,  
por todos los caminos por donde hemos andado:  
La mano con que le di de comer a un pez en el delta del Orinoco,  
el ojo que quedó destrozado entre las tenacillas de un cangrejo (Playa de Miralejos, región del Pacífico sur),  
el pie con que le pisé la cabeza a la serpiente de velos azules,  
la acrobática lengua prensil, aduladora, farfulladora y retráctil,

enganchada en un anzuelo de cobre en el palo de mesana del buque insignia del capitán Sader Masoch,  
joven lobo de amar,  
y todo lo demás: el reloj de manecillas trémulas, incapaces de retener los segundos,  
el calzador que me hice con la lengua disecada de mi primer amante,  
ese montón de cosas que hemos arrastrado con nosotros como ríos salidos de madre:  
la silla, el peine y  
el canario enrejado,  
la inyección de morfina con su manguito de vidrio,  
y el creador de la morfina que permite mi largo sueño de la escalera para endurecer el dolor  
y etcétera es decir,  
también todo lo vuestro.

O qué creéis: ¿Que vais a resucitar una y otra vez todos los días,  
hasta que tengáis veinte cabezas, como una hidra?

---

## CICLO II

### TESTIGO DEL HOMBRE

*Todo es Dios; no hay nada más que Dios.*

### PROVERBIOS DE LOS CHARLATANES

Cuando un desconocido se encuentra con otro desconocido, o lo mata o le pregunta algo.  
Los charlatanes pueden alargar indeterminadamente la conversación, a fin de prolongar con ella la vida,  
pues la defensa se permite... a quien puede defenderse.

Pero jamás huir. ¿Por qué hay que estar siempre huyendo?

Si el lobo os alcanza y os devora, saboread al lobo pero no huyáis.

Que vuestro placer de ser comidos sea más grande que el del lobo.

Esto no por razones apoyadas en la lógica, pues lo que hay que buscar no son razones sino motivos, y en este caso no hay que dudar de que el lobo tendrá sus buenos motivos.

Contra la Muerte no cabe nada, ni siquiera disfrazarse:

No por estar pintado el Faraón la Muerte no se lo va a comer.

Tampoco la negación anula la Muerte. Yo afirmo la Muerte con mis doce pares de costillas.

De modo que no queda más que prolongar la conversación ininterrumpidamente.

Tal vez el interlocutor termine por cansarse y continuar su camino,

aunque es también muy probable que su resistencia no tenga límite conocido, y decida esperar a que cerremos el pico.

En ese preciso momento descargará su pistola, desapareciendo luego tan repentinamente como llegó, porque después de haber hablado la pistola ya no hay nada más que decir.

Lo malo es que no podemos devolvernos, porque cuantas veces desandemos un camino habremos perdido otros tantos días.

El enfrentamiento está, pues, decidido, y tú sabes que no hay posibilidad alguna para ti.

Sólo hablar, hablar, hablar.

Conserva tu puesto hasta el final y alega todo lo que puedas.

Quizás logres confundirlo y hacerlo caer en contradicción.

Sin embargo debes mantener la serenidad y no buscarle seis patas al gato, que no tiene sino cinco, ni subir demasiado alto porque te pierdes de vista.

Siempre en tu lugar. Tu lugar son las fauces del lobo.

Ni acuses a un solo hombre, porque éste te matará o te hará matar.

Acusa a toda la humanidad.

Así te matarán entre todos.

Y los charlatanes después de haber enredado todos los conocimientos se fueron abrazados y riéndose.

Porque ellos mismos habían caído en la trampa.

La trampa eran ellos mismos.

Mi alma dice:

No son las ovejas las que buscan al Señor.

Es Él el que se preocupa por ellas.  
Porque si no se preocupa, ellas se convierten en lobos.  
Y los noventa y nueve lobos devorarán a la oveja restante.  
Y los noventa y nueve justos devorarán a la oveja restante,  
según otra versión.

## APÓLOGO DEL PARAÍSO

Eva, transformada en serpiente, ofreció a Adán una manzana.  
Fueron arrojados del Paraíso, pero ellos llevaron semillas consigo,  
y Adán y Eva encontraron otra tierra y plantaron allí las semillas de paraíso.

Podemos hacer siempre el paraíso alrededor nuestro dondequiera que nos encontremos.  
Para eso sólo se requiere estar desnudos.

## PROBLEMAS DE LA ESTÉTICA CONTEMPORÁNEA

La magnitud de la humanidad pesa sobre cada uno de nosotros, y sentimos profundamente a los antípodas  
pateando sobre nuestro corazón.  
De modo que no es extraño que andemos como unos cristos abofeteados en busca de una cruz para  
apoyarnos.  
Habiendo subido a lo alto de una colina una noche, ante mí se extendía la ciudad como una piel de tigre.  
Y en el licor de las copas cintilaban las lucecillas de tres almas.  
La última era la mía, alma siempre sobrante y solitaria.  
Por el aire volaban dentelladas y entonces apareció el Diablo y me dijo: —"Te lo daría todo si postrado me  
adoraras".  
Ser el dueño del mundo es lo mismo que no tener nada, pues el error existe en todo y siempre nos engañan.  
Mis jeans y mi chaqueta no se pueden cambiar por un edificio de cinco pisos ni por un puesto en las oficinas  
del Gobierno.

Prefiero andar derrotado por los alrededores de talleres de mecánica y cobertizos de carros.  
Allí todos tratan de poner en sus vidas las mejores cosas que pueden, y así recogen una flor, una novia y un espejo.  
Este esfuerzo colectivo me entenece y de pronto, sin darme cuenta, le sonrío a la gente como un perro.  
Una mañana andaba un hombre desnudo por las calles de la ciudad.  
La policía lo metió a la cárcel pocas horas después, como a todo hombre que intenta ser feliz.  
Porque todo lo que no está dentro de la Ley está fuera de ella.  
Y dentro de la Ley no puede haber un hombre desnudo porque la Ley es hecha por los representantes de los propietarios de las fábricas de tejidos.  
Como tampoco puede haber un hombre con hambre, porque el hambre del pobre es resbalosa.  
A la puerta de un pequeño restaurante donde entré un día se paró un hombre hirsuto que después de mirar se fue diciendo:  
—"¿Conque comiendo, eh? ¡Me alegre, me alegre!"  
Y su risa cayó sobre la sopa como una araña negra.

El fabricante de rosquillas puede al menos comérselas, pero el que sólo sabe hacer poemas, ¿qué comerá?  
Si una pregunta no tiene respuesta lo mejor es cambiar de pregunta y de problema.  
Para eso hay petulantes que nos dicen:  
—"¡Dedícate a la estética!".

## RUEGO A NZAMÉ

Dame una palabra antigua para ir a Angbala,  
con mi atado de ideas sobre la cabeza.  
Quiero echarlas a ahogar al agua.

Una palabra que me sirva para volverme negro,  
quedarme el día entero debajo de una palma,  
y olvidarme de todo a la orilla del agua.

Dame una palabra antigua para volver a Angbala,

la más vieja de todas, la palabra más sabia.  
Una que sea tan honda como el pez en el agua.  
¡Quiero volver a Angbala!

## EL CUERPO

*"¡Qué farsa!"*

J.P. Sartre

He aquí, de esto se habla.  
El cuerpo nos goza y lo sufrimos.  
Lujos de la Naturaleza, pagamos por él nuestra alma.  
Esclavo de los dioses, el hombre es un ser aterrado,  
y sólo en el usufructo de su cuerpo deposita su aspiranza.  
Su cabeza añadida luce su conversación como un pavo real,  
y sentado en un tapete de luna su lengua salta delante de sí como una serpiente encantada.  
Orgullo del alma, el cuerpo es regocijo y alimento,  
y baila ante los dioses como el árbol frente a la tormenta.  
El cuerpo toca otro cuerpo y no percibe sino otredad.  
"Rosa", decimos, y la rosa es un mito del alma, porque la carne del cuerpo no se reconoce sino a sí misma.  
El cuerpo, Devorador, todo hecho para devorar,  
el alma de este cuerpo no puede ser sino también devoradora.  
Somos un surtidor, con nuestros brazos que se agitan y nuestra boca llena de agua.  
Tenemos lo que tiene la nube, he aquí esta adivinanza, por eso la tierra nos absorbe.  
Rebelión de la materia, el cuerpo se avolcana, se incendia, impone hermosura,  
y no queremos ser sólo cuerpo.  
Pero yo aconsejo: hazte amigo del sepulturero.

---

---

## CICLO III

### LOS POEMAS DE LA ENVIDIA

*La envidia, que fue la que me arrojó a mí del Cielo a la Tierra.*

SATANÁS (EVANGELIO DE BARTOLOMÉ)

#### YAIRO CONTRA MI INGLE

Mi cuchillo debajo de mi vestido, su vaina contra mi ingle.  
Las flores de tu jardín temblaban en sus tallos.  
Miré tus ojos junto a la reja. Dijiste: —"Me vas a matar".  
Te precipitas sobre el timbre.  
Se enciende la luz detrás de los cristales.  
Te escondes en tu alcoba.  
Mi cuchillo piensa: El amor y la muerte duermen juntos a los quince años.  
Tu sangre corriendo por mis manos entre el pulgar y el índice.  
Resurges mágicamente cuando el relámpago acuchilla el firmamento.  
Hoy eres un presidiario, pero yo compuse un libro de amor en honor a tu adolescencia.  
"El libro de Yairo" fue quemado y el humo subió derecho al Cielo,  
pues era el sacrificio del puro Abel a su perverso dios.  
En las noches de invierno te veo correr por la hierba húmeda, descalzo.  
Hace diez años yo era un charco de amor en el invierno.  
Tú chapoteando en las charcas en octubre.  
Muchachos desnudos jugaban pelota en el campo de hierba mojada.  
Tú preferías correr y mirar por los corredores.  
¡Ay mi cuchillo!

El poeta dice:

Si de un amor queda un poema está muy bien:

eso indica que nos conmovió;

pero si no queda nada tanto mejor:

eso indica que no nos dejamos conmover.

Ay, pero él es tan sólo un poeta; no un amante.

## LA BÚSQUEDA

El enamorado busca su amor aún allí en donde sabe que no está,  
como el aventurero busca su tesoro aún allí en donde no se encuentra,  
y así como el hombre busca a Dios en toda parte y lugar sin hallarlo nunca,  
aun apostado esperando en los huecos de la esquina de la sala, por donde salen los ratones,  
y muere con la sonrisa de quien no encontró nada pero buscó mucho,  
hasta morir.

Así yo he venido hoy domingo y te espero sentado en un pedazo de sol.

Días y noches de búsqueda por los más ignorados lugares,  
preguntando en altas casas desde cuyos umbrales se divisa a lo lejos la ciudad entre la bruma,  
con el objeto de obtener un dato, una pista para seguir tu rastro y dar con el lugar de tu paradero,  
oh tú, por quien el pastor daría sus noventa y nueve ovejas restantes.

Aquí pongo a secar al sol los paños de mi angustia más íntima.

Buscadora de ausentes mi soledad quiere comerse su propio amargo vientre.

Y hoy domingo busco en tu nombre antiguo y en tus ojos asiáticos el tiempo,  
mientras los siglos pasados me levantan, con peligro de Dios, en brazo inmenso.

Pero tus bellos ojos no aparecen... y me voy a cansar.

## EL DESEO

Hoy tengo deseo de encontrarte en la calle,

y que nos sentemos en un café a hablar largamente de las cosas pequeñas de la vida,  
a recordar de cuando tú fuiste soldado,  
o de cuando yo era joven y salíamos a recorrer juntos  
la ciudad, y en las afueras, sobre la yerba, nos echábamos  
a mirar cómo el atardecer nos iba rodeando.  
Entonces escuchábamos nuestra sangre cautelosamente y nos estábamos callados.  
Luego emprendíamos el regreso y tú te despedías siempre en la misma esquina  
hasta el día siguiente,  
con esa despreocupación que uno quisiera tener toda la vida,  
pero que sólo se da en la juventud,  
cuando se duerme tranquilo en cualquier parte sin un pan entre el bolsillo,  
y se tienen creencias y confianzas  
así en el mundo como en uno mismo.  
Y quiero además aún hablarte,  
pues tú tienes dieciocho años y podríamos divertirnos esta noche con cerveza y música,  
y después yo seguir viviendo como si nada...  
o asistir a la oficina y trabajar diez o doce horas,  
mientras la Muerte me espera en el guardarropa para ponerme mi abrigo negro  
a la salida,  
yo buscando la puerta de emergencia,  
la escalera de incendios que conduce al infierno,  
todas las salidas custodiadas por desconocidos.  
Pero hoy no podré encontrarte porque tú vives en otra ciudad.  
Mientras la tarde transcurre  
evocaré el muro en cuyo saliente nos sentábamos  
a decir las últimas palabras cada noche,  
o cuando fuimos a un espectáculo de lucha libre y al salir comprendí que te amaba,  
y en fin, tantas otras cosas que suceden...

## EL REY DARÍO

Darío era pequeño,  
con un gran billete de cien en el bolsillo,  
y poseía algunos de los más bellos potros brillantes de la ciudad,  
sobre los que se sentía tan grande como su billete de cien.  
Darío poseía un anillo, reloj y cadena de oro  
(la cadena brillando sobre su pecho),  
pero Darío no ofendía a sus amigos, simplemente se mostraba entre ellos,  
todo constelado y adorable con su pequeña estatura,  
como una estatuilla modelada y adornada por la perfección del arte antiguo,  
con sus quince años bien formados y su agilidad propia y natural.

Yo en mi retiro de las montañas, cuando me alejaba del Liceo,  
me pasaba todo el invierno recordándolo entre sus ademanes de oro,  
como un icono en su santuario,  
rodeado de todos sus compañeros que lo amaban,  
y entre quienes él repartía sus sonrisas como monedas.

Después transcurrió un lustro durante el cual no lo volví a ver más,  
pero en mi memoria seguía conservando sus quince años  
y sus pantalones ajustados cuando me daba la mano para despedirnos,  
su mano de corazón bajo los ceibos y los almendros del parque.  
Mas luego lo volví a ver,  
perdida la infantil vanidad,  
haciendo su carrera de hombre,  
elemental como un potro desbocado.

Poco después, en un camino,  
una alambrada de cuchillos detuvo su carrera  
por una mujer.

El pavor del puñal entrando veloz en su pecho como el rayo de Jehová en el becerro de oro

que había profanado la virginidad de una hija de Israel.

Amigos:

La noche y yo medimos nuestras varas de espanto.

Dios es una estridente carcajada seguida de un profundo silencio.

---

## CICLO IV

### GRAN CICLO DE LOS RELATOS

*La sociedad perdona con frecuencia al criminal,  
pero no perdona nunca al soñador.*

OSCAR WILDE

#### POR NOMBRE ROY

##### I

Dos veces repetí el mismo viaje y dos veces me sucedió exactamente lo mismo:  
que estando yo en casa de mi tío Emilio, en su inmenso palacio de sesenta arcos blancos,  
jugando a las mariposas con su hijo y primo mío, por nombre Roy,  
Roy Jaramillo, que tenía en ese entonces nueve años menos que yo, es lo importante,  
palmeando las manos alrededor de la cascada, con los ojos cerrados,  
un pájaro que venía volando chocó contra su pecho e inmediatamente fue convertido en espuma,  
espuma de sonrisa que la cascada bate como una nube izada en un mástil de piedra.  
No lo seducían las moras, tan rojas que apenas una cabía en la palma de su mano,  
ni las extrañas flores radiofónicas, las cuales había que encontrar en el centro del bosque, al atardecer,

ni el lucero que Alejandrina, su madre, buscaba todas las noches en un telescopio instalado en el ala derecha, frente a las columnatas del norte,  
a donde nunca podían llegar los rayos de la luna, pues estaban diseñadas de esa manera.  
Sólo corríamos y corríamos hasta que, sonrosado y jadeante,  
se dejaba caer a la sombra de su perro preferido,  
asomando entre sus dientes un pétalo rojo de tulipán.

## II

Al día siguiente, cuando la mañana apenas aleteaba en mi ventana,  
el tren tocaba a mi puerta y yo tenía que prepararme apresuradamente para el regreso.  
El ángel malogrado, extrañamente bello, palpitaba en el humo del sueño,  
mientras los perros, en el jardín, trataban de imitar a la sirena ladrando agudamente.  
Quinientos metros más abajo, donde comenzaba la bruma, albeaba la plazoleta,  
y yo me dirigía hacia ella dejando caer en mi rostro el rocío, que es bueno para los ojos.  
Cuando llegaba ya había partido el tren y los funcionarios públicos, en fila india,  
se ocupaban en limpiar los rieles y los polines con un trapo blanco humedecido en leche de monte.  
Una gota de aceite había caído en el traje blanco del alba, y el Inspector de Policía estaba furioso con el maquinista,  
y lo amenazaba con los puños a la distancia, mientras éste, alejándose, le ponía dos palmos de narices desde su plataforma,  
y comenzaban a trepidar los árboles a la orilla de la carrilera como si los estuvieran matando,  
y el viento se tapaba las narices para no tragar el humo negro y espeso que salía de la chimenea.

## III

Entonces yo tenía que subir a esperar el autobús en la rotonda,  
donde me entretenía jugando mi suerte a la ruleta  
con el empacador de señales, el deshollinador de antenas y el hijo del conmutador de vías,  
que hacía trampa cada vez que se ponía colorado y le temblaban los ojos.

El jefe de las pasionarias descalzas se paseaba en la antesala, aporreando los pilares con su bastón de carey,

y se detenía para tocarse los anteojos cuando pasaban los encargados de darle a cada uno un pedazo de hielo antes de las 8 a.m.

A las nueve en punto el autobús aparecía en la penúltima curva del cerro, tocando su bocina como un *clown* embriagado el día de primavera.

A las nueve y diez yo tenía que estar de nuevo en la plazoleta, debajo de los tilos, donde el bus se detenía, para subir mis maletas: rosada, amarilla, y verde; el paraguas, el balón, el catrecito plegable y los trebejos de pintura,

pero ya el bus había partido un minuto antes, por lo que me era necesario comenzar el camino a pie, dando un gran rodeo por la carretera de circunvalación, donde están instalados los depósitos de hielo, cuyos tanques de cristal cortan a trechos los bancales de la carretera,

y contra los cuales uno puede poner la mano para que se le enfríe,

o hacer reflejar los ojos y en fin, por cuyos bordes uno puede pasear mirando las brillantes superficies y el halo verde de las orillas,

olvidándose de regresar a la ciudad, pues en cualquier parte donde nos encontremos ya hemos llegado.

## EL CAMINO DE LA OFENSA

El pálido y débil niño salido de la flor que crecía en la boca del monte,

envuelto por la niebla, por la noche, y por todo humo borroso y engañoso,

andando junto a su padre —labrado por el viento en la cera de los días—,

penetrando la bruma y la distancia con sus ojos soñadores, escudriñadores de ríos,

se dirigía hacia un remoto país de casas grandes como cielos, de siete pisos enlosados,

por entre las piedras de su región y los árboles caídos, derribados por el rayo en la montaña.

En su corazón anidaban los amigos de su infancia, y su cabeza estaba rodeada por las nubes,

Las nubes de águila que bajan por la cordillera a brillar en el solemne río recién descubierto,

la selva que cada seis meses se traga este niño en un amanecer de evaporados metales.

Sus pies dejan rastro en los guijarros, pero su corazón canta como el eco de las flechas

en las calcinadas tierras, donde un sol salvaje grita a medio día como un volcán derramado.

Mientras los trenes corren por la orilla de los ríos él compone versos en honor del paisaje, y de sí mismo.

Vosotros habéis visto las palmeras, y las garzas, y las piedras negras. Y el monte.  
Pero él sí que sabía hacia dónde van las palmeras, y conocía debajo de las alas de las aves, y todos los secretos de la montaña,  
y las luces de la ciudad no eran para él más numerosas que las estrellas.  
Mujeres negras aparecían que lo arrebatan de noche hacia los bohíos para desnudarlo,  
y hombres peludos que lo devoraban a la orilla del río, enmascarados con sus risas.  
Bailarinas rubias se burlaban de él haciéndole rueda con sus piernas trenzadas,  
y una pandilla de muchachos lo chuzaba con sus navajas hasta hacerlo despertar entre la fiebre.  
Entonces corría por entre ríos y mares, una gran agua que lo purificaba hasta dejarlo flaco,  
tendido en una remota playa en donde él podría abrazar un caracol de oro llamado "No me dejes"  
y hablarle sin peligro.  
Pero "el ángel de muchos ojos" venía todas las tardes por su alma, para llevarla a "La Casa de la Ofensa",  
donde le daban de beber en extrañas copas,  
y el humo remplazaba en su memoria la delicada niebla, que asperjaba la lana de los corderos,  
en los olvidados lugares de su procedencia.

Pronto su amante le hizo seis disparos de pistola, guardando luego el arma entre su bolso y saliendo desdeñosamente,  
mientras él miraba sus tobillos astillados y se desmayaba al escuchar la sirena de la ambulancia.

## ACTA DE LOS TESTIGOS

Yo, Nicanor, declaro que él era bello e inocente.

Yo, Diofanor, declaro que él era bello e inocente.

Yo, Agenor, declaro que él era bello e inocente.

Trescientos días atravesó en su bicicleta hasta que llegaron las grandes fiestas de la ciudad,  
y bailó con su vestido de Pierrot delante de los invitados, quienes se mordían la lengua y lo aplaudían con sus manos pálidas.

Yo me subía a un árbol de la avenida para verlo pasar,  
y después me iba galopando por las calles, desbocado de admiración.

Yo, Diofanor, convulsionado por el verano que desleía mi sexo,  
circulando por mis venas semen a cuarenta grados en las calles de la ciudad,  
encerrado en la brillantez del verano como una araña en un laberinto de cristal,  
andando de torre en torre perseguía su sombra  
como un pez persiguiendo el agua de los arroyuelos que huyen por el desierto,  
como el pájaro que persigue la aurora que le da la vuelta a la tierra,  
como el cristal de Murano que persigue la lluvia que anda por los montes para cogerle una gota.  
Lo esperé en el cruce elevado, lo perdí en los ascensores y lo volví a encontrar en la plaza del obelisco;  
fue interceptado sucesivamente por una columna de soldados, por un tren ambulante y por un eclipse de  
girasoles;  
y en un momento de ofuscación fue interrogado por las bailarinas de ballet, por el cable de tensión del arco  
iris y por el árbol del pan.

Ya para entonces yo mordía el calcinado limo de las calles  
como una tenaza, como una serpiente, como un fuetazo en el polvo,  
como el camello que viene todos los días a comer el vello que crece en mis piernas.

Yo, Agenor, esperaba silenciosamente a la sombra de los bastiones,  
en las empenumbadas esquinas de la calle de las palmeras rosadas,  
con las manos en ángulo tocándome la punta de la nariz.

Transcurrido un año me puse en camino hacia la cueva de los letreros  
para consultar en las antiguas inscripciones el misterio que bullía en el fondo de su corazón.

Una esfinge de diorita miraba impassible las manos pintadas con polvo de oligisto.

Así pues, volví y estuve otro año grabando una estela triunfal con las varias manifestaciones del espíritu de la  
ciudad,

y luego me fui a dar una vuelta en mi astronave de recreo para recuperar los dos años anteriores y regresar  
al punto de partida,

porque tenía varias cosas que hacer con respecto a las preocupaciones de mi amor.

Y así está escrito en el palimpsesto de Sodoma: "Se acordó de sus amigos y honró su memoria por cuanto el  
fuego (había) consumido su corazón".

Yo, Jaime, escucho a los testigos y callo.

Todo esto me parece muy confuso y sospechoso. Probablemente se trata de ocultar algo.

¿Qué sucedió mientras tanto, mientras todos esperábamos qué transformaciones se operaron, que los testigos soslayan tan delicada como cruelmente?

Acaso el joven, habiendo descubierto los toneles en que sus mayores guardaban la cerveza, fue a parar, embriagado, a la orilla del río, donde la noche lo marcó con sus estrellas candentes, después de lo cual, habiendo sido conducido por sus amigos a desconocidos lugares, fue sucesivamente introducido en las cámaras secretas de los violadores, quienes...

¿Acaso el cadáver encontrado en el lago era el suyo?

“Tenía las manos atadas”, dice el acta, pero los testigos se niegan a reconocerlo.

## EL EXTRAÑO CASO DEL HOMBRE AL QUE LE SUCEDIÓ LO IMPOSIBLE

Es en casa de mi maestro Don Gabriel.

Me encuentro mirando con su hijo la pequeña veleta de plomo colocada en la ventana, debajo del vidrio de tornasoles.

Mi maestro viene y quiere enseñarme su gran veleta de nylon, roja por encima y blanca por debajo, como un parasol.

Salimos al césped frente a la casa y él va a traer una especie de paraguas de buzo que coloca en un porta-soportes de metal clavado al suelo,

e inmediatamente comienza a girar y abrirse al mismo tiempo, extendiendo a los lados dos largas agujas con flecha de cobre,

que señalan con elegancia los dos polos norte durante unos instantes.

Luego, impulsadas por el viento, comienzan a girar como una rosa magnética.

Entonces el bombero viene con su cresta de vidrio rojo y se levanta abrazado a una de las agujas para demostrar la resistencia del aparato y su habilidad propia.

La veleta gira con el bombero y mi maestro sonríe complacido.

“Recuerdo —le digo— su debilidad por las veletas desde siempre. ¡Cuántas tenía usted cuando me enseñaba a leer! Ha sido su entretenimiento preferido.”

Él dice: —“Sí, efectivamente”, y me indica que mire alto, al cielo.

Miro. Allá están los indicadores complementarios de la veleta:  
dos hileras de globos rojos que se balancean en cordeles a bastante altura.  
Parecen cojines de aire, o banderas inflamadas, muy bellos.  
Cada cordel tiene tres globos y en los extremos las letras de los puntos cardinales los fijan a su sitio.  
El juego es muy bello, muy instructivo, y nos quedamos contemplándolo largo rato,  
hasta que el maestro va al interior de la casa a buscar el imán para atraer mariposas.  
En ese momento aparece un globo rojo de papel echando humo, que se enreda en uno de los cordeles que  
sostienen las señales en el aire.  
—Va a quemar el cordel, digo. Tumbará las señales. Se está quemando el globo, digo.  
Enseguida el viento lo suelta, el globo pasa por encima de la casa, y va a caer un poco más allá, apagado.  
—Ahora iremos a buscarlo, digo.  
Pero una de las hileras de las señales del aire comienza a desordenarse. El globo, efectivamente, ha cortado  
el cordel, una punta del cual se desprende y va a caer sobre la calzada.  
Mi hermano y yo vamos hacia ella; yo llego primero y la cojo.  
Los globos, con el viento, se mueven un poco y la punta del cordel me arrastra consigo. Tengo que emplear  
toda mi fuerza para retenerla.  
En ese momento llega mi hermano con el otro extremo del cordel y yo trato de añadirlo para que cuando mi  
maestro vuelva ya el daño esté reparado.  
Le digo que el nudo debe hacerse así, pero él no está de acuerdo. Nunca estuvo en la Marina y no sabe de  
esto más que yo.  
Mi maestro se demora tomando su coñac mientras yo, asiendo con todas mis fuerzas los extremos de los  
cordeles, trato de añadirlos.  
De pronto el viento me levanta con el cordel. Me elevo, me elevo, y allá abajo miro la veleta y la casa que  
giran como un gallito de agua.

## DIARIO DE LA FIEBRE

Durante los últimos meses de mi permanencia en la selva  
yo mantenía un terrible sueño que me tiraba dormido en cualquier parte,  
cabe las húmedas raíces o en el montículo de arena formado por la corriente siempre cambiante  
del río donde se bañaban las serpientes que surcaban el agua como un rayo de cielo.

Flor, animal y cielo, caían sobre mí sin que pudiera hacer nada para defenderme,  
palpitando bajo sus tres bocas que me insuflaban la fiebre,  
no acosado sino derrumbado, cualquier estrella podía pasar sobre mí  
arañando mi piel con sus flechas de lechuza,  
cualquier alimaña, toda la tierra.

Fue entonces cuando vino la piragua desde la alta región del Atrato,  
por los afluentes que derrama la cordillera, de un agua tan limpia y tan sonora como vosotros no habéis  
visto nunca,  
en la que mojé mis manos hasta que quedaron blancas como peces.

Lejos de los bohíos, siguiendo la trocha, nos sentábamos a veces en troncos que resultaban ser serpientes,  
a las que cortábamos con nuestros machetes, cuya hoja lavábamos después en el río,  
donde se estaban bañando los hijos de los indios, que habían huido con nuestra llegada.

La grande hoja, de panza blanquecina como el yarumo,  
andaba sobre nuestras cabezas para protegernos del agua y del sol,  
y para recibarnos a reposar cuando nos asediaban los cansancios,  
y a dormir aquellas interminables jornadas de sueño  
en que la eternidad zumbaba en nuestros oídos como el pájaro zumbador,  
y las hormigas se cebaban en las plantas de los pies, sin que fuéramos capaces de retirarlas,  
pues la fiebre nos clavaba a la tierra como estacas podridas,  
en cuyas concavidades se fermentaban los detritus de la selva.

Oh miserable ser en el indomeñable páramo aterido,  
y en las bajas tierras cocido al fuego del sol como cáscaras de níspero  
para aromar el amargo brebaje de la quinina.

Vuelvo a ver las rutilantes guijas que parpadeaban bajo el agua,  
y que los ojos heridos no podían soportar, dirigiéndose entonces a la espesura,  
donde se incubaba la sombra como un orificio en la memoria,  
vacilante y temblorosa sombra de cera, o dura como la piedra, en ambos casos dolorosa como la  
amputación del pie derecho.

Tragados por la selva y por los días de la selva,  
con uñas de mineral, cabellos vegetales y cuerpo de animal furioso decidido a vivir,  
trepábamos por las abruptas vertientes para descubrir el foco del cielo,  
y adivinar en el horizonte una salida imposible puesto que la tierra no tiene salida,

sino el mar donde se ahogan los que no se asfixiaron en la selva.

## EL TELEGRAMA DE CUERO

Era mi noche de bodas y me encontraba ya acostado con mi esposa  
en el amplio lecho de cuatro metros de ancho frente a una enorme ventana protegida con rejas de hierro,  
hechas por los cerrajeros de diez Españas, forjadas en diez Toledos,  
y la noche no se quería oscurecer para que los vecinos, desde la calle, pudieran contemplar nuestro amor.  
La mesonera traía cubos de agua y los acumulaba en el antejardín, cerca de las glicinas,  
y había tantos muchachos y muchachas que ocupaban el emparrado.  
Mi desnuda esposa sonreía debajo de mi sonrisa,  
los velos del lecho la tocaban antes que mis manos,  
y lo mismo los velos recogidos en los extremos del ventanal, que se agitaban hacia ella.  
Las risas de los vecinos nos llegaban a través de la reja mezcladas con estrellas y el grito de los muchachos,  
como corresponde a la animación de la calle en la noche de bodas, frente a la casa de los esposos.  
En nuestra habitación los pomos de esencias se conservaban puros frente a los espejos,  
y en realidad el rumor de la calle, la presencia de los vecinos, no nos importunaba.  
Apresuradamente todo el mundo se me borró, y sólo me quedaba mi esposa entre las manos,  
cuyos flancos se movían como dos boas de cobre soldadas autógenamente,  
por cuyas juntas bocas yo pasaba mis dedos ásperos.  
Reinaba un ambiente violeta, preparado especialmente por nuestros amigos y parientes,  
y la señora mesonera, amplia y sonriente, acumulaba cubos de agua en el antejardín, frente a las glicinas.  
Era el bazar del amor y los mozos disfrazados de gitanos agitaban panderetas y pañuelos rojos en memoria  
de una gota de sangre.  
Entonces se oyó venir por la bocacalle un carro de cuatro caballos con arandelas de plata sonando.  
Fue recibido por la mesonera, quien habló algunas breves palabras con los que venían,  
y luego se dirigió a nuestra ventana, abriéndose paso apresuradamente por entre la gente con sus dos  
largos y robustos brazos, semejantes a las piernas de mi esposa,  
para entregarnos un telegrama labrado en cuero, grande como un diploma, CUYAS LETRAS EN RELIEVE  
SALTABAN A LA VISTA DE TODOS.

## LOS POLIEDROS Y LAS SUSTANCIAS

*“Una respuesta perfecta tiene siempre el carácter de un  
enigma”*

Henry Miller

Cuando yo estaba en la cárcel hacía gimnasia todo el día para mantenerme en forma y evitar el aniquilamiento.

Los presos se reían de mí todo el día y me llamaban Charles Atlas, para mantenerse en forma y evitar el aniquilamiento.

En el patio número siete había un joven de unos veinte años que estaba enamorado de un icosaedro de metal,

y se pasaba todo el día bruñéndolo, con la saliva, con la lengua, con los dedos, con el canto de su camisa, y haciéndolo reflejar al sol contra los muros grises que le devolvían una lívida señal luminosa de cortesía.

Un mediodía en el patio quedé dormido de cara al sol,

y el joven vino y se entretuvo colocando en equilibrio su poliedro sobre la punta de mi nariz,

mientras, con una tiza, dibujaba sobre mi pecho extrañas señales que correspondían a las oscilaciones de su juguete,

y debían determinar todo el curso de mi vida en adelante, si lograba salir de la prisión, como lo esperaba, gracias a las gestiones de mi esposa.

Mucho antes de abrir los ojos ya me había dado cuenta de lo que estaba sucediendo,

pero era peligroso contradecir a este muchacho, que había matado a seis compañeros con una lezna.

Nadie se atrevía a relacionarse con él, debido a su irritabilidad y sus manías,

por lo que preferían mirarlo de lejos y preguntarse quién sería su próxima víctima.

No atreviéndome, pues, a espantarlo, me estuve tan quieto como una débil respiración me lo permitía,

hasta que comenzó a trazar signos sobre mí con su lezna, cuya punta me rozaba a veces con demasiada intensidad.

Entre tanto todos los presos se habían acomodado en el corredor circundante del segundo piso y miraban en silencio,

según me dijo él mismo acercándose un momento a mi oreja.

Pasó la punta de la lezna por el interior de mis oídos y de mi nariz, y la acercó a mis ojos,

como un enamorado que juega en la arena con una ramita mientras aparece su caracol preferido.

Después la llevó a mis labios, la colocó lentamente entre ellos, y deslizándola sobre la lengua me dijo: –  
¡Trágate!

Mientras él esperaba alargué suavemente mi mano y tomando su derecha la contuve entre mis dedos con una ternura comprensiva y dispuesta.

Como a los cinco minutos todos aplaudieron frenéticamente en el corredor del segundo piso y gritaron.

Abrí los ojos y vi entonces que con un pañuelo y mi propio sudor me limpiaba las marcas del pecho.

Fue después mi mejor amigo en el penal, y cuando me dieron de alta me regaló su brillante poliedro de acero bruñado,

que destella en los poemas.

La pregunta es siempre igual, pero todas las respuestas son distintas.

La clave no está ni en la pregunta ni en las respuestas, sino en nosotros mismos.

## EL CALLEJÓN DE LOS ASESINOS

Teniendo que hacer un viaje, me dirijo a la estación para tomar el tren de la hora Greenwich.

Así pues, comienzo a andar por límites potrereros, me extravió, y llevo ya dos días perdido en las montañas, cuando alcanzo a divisar una especie de sendero que comienza al pie de un árbol y se inclina en el horizonte,

y me encamino hacia él con la esperanza de poder llegar a tiempo, si algún otro inconveniente no me lo impide,

pues lo que sucede es que ignoro por completo el camino de la estación.

A poco andar me encuentro metido en una callejuela tortuosa, de aproximadamente un metro cincuenta de ancho, y aún menos,

entre negras paredes de herrerías, cubiertas de hollín, de carbón, pobladas de gente aviesa, sucia.

Qué mujeres habrá, desgrefñadas, pálidas,

qué niños espesos, lentos,

que acechan en las puertas, desde lo oscuro,

y hombres sentados en montones de arena, que se desliza grano a grano sobre la calle ciega.

Yo, asustado, continúo rápidamente, procurando no hacer ruido para que no me perciban, para evitar el  
asalto,  
hasta que subo por un barranco y allí está la estación  
solitaria en la noche, nadie aparece, no hay trenes.  
Recorro las salas cuidadosamente, una mata me asusta con sus hojas anchas.  
Voy a dar la vuelta cuando ¡zas!, el hombre,  
me lo encuentro a boca de jarro, detrás de una columna,  
me está esperando para matarme, tiene el cuchillo en la mano, me coge por la cabeza.  
En el expendio de boletos no hay nadie.  
El asesino, tranquilo, me mira.

## DIÁLOGO DE LOS INTÉRPRETES

*Dijo Jesús: —¡Oh gremio de los apóstoles! ¡Cuántas son las  
lámparas que apaga el viento!*  
Agrapha Musulmán

Todo puede ser probado de una manera y también de la manera contraria,  
dijo el primer Intérprete de Jericó, poniendo sus manos sobre la Tora.  
Y dijo también, sin que nadie lo escuchara: “A los espejos hay que tenerles desconfianza”,  
cuando entró la bella Zahel, con un lirio en la mano, para revisar los pliegues del Velo.  
Porque los Intérpretes se ocupaban de todas las cosas: así de las más sabias como de las más bellas,  
pues desde los más remotos tiempos sólo se habla de lo que no se sabe.  
Los Intérpretes estaban entonces ocupados en definir  
si cierta bestezuela encontrada dentro de su zapato por el Patriarca de Jerusalén,  
era un grillo con cabeza de ángel, o un ángel con cuerpo de grillo,  
y era muy difícil saberlo, puesto que no se trataba de una interpretación,  
sino de poner las cosas en su punto.  
Ellos no habían podido comprender el problema de la existencia de Dios  
porque no habían podido penetrar su porqué. Por qué es necesario que haya Dios.

Pero dominaban a cabalidad todo cuanto concernía a los ángeles, todos los ángeles en general, inclusive los de siete brazos.

No obstante, el problema de la pequeña bestezuela tenía muy preocupado al Intérprete cuando entró la bella Zahel,

y apenas tuvo tiempo de bostezar frente al espejo, con lo que lo empañó, no siéndole posible ver lo que sucedía en ese momento.

El segundo de los Intérpretes del Templo entraba con el grillo en la mano y lo depositaba cuidadosamente en el Santo de los Santos,

como único medio de obtener la respuesta que todos estaban deseando,

y por la cual el Sumo Sacerdote se encontraba reducido a oración y penitencia.

Pero como el grillo se congelaba en el Tabernáculo, fue necesario también traerle el zapato del Sacerdote, y todos los días una virgen le llevaba el más puro alimento que se podía obtener en la Casa del Señor.

El grillo estaba muy contento, sin preocuparse de su cabeza deforme,

y pronto se convirtió en objeto de veneración y culto

como sucede siempre, que adoramos lo que no comprendemos.

Hasta que se celebró una audiencia de todos los Intérpretes para resolver si el grillo debía ser vaciado en oro.

Y uno dijo: —Soy de opinión que sólo los seres vivos deben adorarse.

Y otro dijo: —Mi opinión es contraria. Creo que sólo debemos adorar a los seres inertes.

Y de esta discusión lo único que se sacó en claro fue que hay que adorar todas las cosas,

y que tan digno de adoración es el uno como el otro.

Entonces se pusieron a echar suertes para saber quién debía inclinarse primero,

pues, según dijeron, el asunto quedaba convertido en una cuestión de principios,

hasta que alguien dijo que había que dejar los principios para el final.

Después de cierto tiempo el Sumo Sacerdote vino con gran acompañamiento para saber lo que habían resuelto los Intérpretes,

pero el Libro estaba cerrado y todos se hallaban dormidos y cubiertos con sus mantos.

La pequeña bestezuela había desaparecido, de donde dedujeron que era un ángel,

y para congratularse celebraron un gran banquete de honor.

Estando en ello comenzaron a trocarse unos en otros, hasta el punto de que ya no se sabía quién era quién.

Y habló el Patriarca y dijo: —"Traed otro grillo". Y así lo hicieron,

e introduciéndolo en el zapato lo calzó luego, no pudiendo contener una mueca de asco cuando lo sintió ceder bajo su planta.

Entonces todos los presentes alabaron al Señor,  
cada uno con las palabras y las intenciones de los otros,  
por lo que no fueron escuchados.

## USITO

Gruesos trozos de muro se deslizaban sin hacer ruido sobre el altar.

La catedral se derrumbaba silenciosamente.

Zapatos húmedos, con arena y hojas secas pegadas a los bordes de la suela,  
enfrentados a la penumbra, en la puerta mayor,  
hasta donde no llegaba el crepitar de las lámparas,  
estaban allí, curiosos y atentos.

Un auto pasó desplegando a los lados el agua que no había alcanzado a rodar a la cuneta.

Usito se puso a mirar las huellas en el embreado,  
procurando aspirar la humedad de la calle, y recogiendo en los dedos las gotas que se desprendían de los  
árboles,

a fin de contrarrestar el polvo que se levantaba de las ruinas, y producía asfixia y tos.

En tanto que la autodestrucción del templo continuaba lentamente,  
sobre el descubierta del gran boquete que los muros habían dejado al derruirse,  
en un volado que era todo cuanto quedaba del corredor circundante de la cúpula,  
permanecían en pie dos imágenes a cuyo alrededor la iglesia se derrumbaba,  
y miraban el lago de lodo que se había formado en el centro, exactamente debajo del ábside.

De pronto, moviéndose, los dos santos tomaron impulso, se arrojaron en él,  
y, con unas cuantas brazadas que lo removían pesadamente, nadaron hasta emerger en la orilla opuesta.

El espeso barro había arrancado sus vestidos y aparecían desnudos,  
apenas con un débil velo que se adhería a su blanda palidez.

El Niño que uno de ellos portaba había seguramente muerto en la inmersión,  
y colgaba de su brazo como un conejo degollado,

dejando caer gotitas de lodo por la punta de las orejas.  
El otro, en su cara de calavera mostraba una colonia de gusanos negros que desbordaba una de sus órbitas,  
y no se podía saber si se hallaban empeñados en una demostración o una protesta,  
o si se trataba de una actitud de imploración o de amenaza,  
o si estaban condenados o abandonados simplemente.  
Hasta que, con sus brazos cada vez más desgarrados,  
Se fueron poniendo al mismo tiempo más feroces,  
y en un lívido momento quisieron acercarse a nosotros.

No dejen de encender una vela, pues tal vez estos santos necesiten de nuestra ayuda.  
Los húmedos zapatos de Usito se secan en el barandal, llenos de lodo y de fe.

*Nota. Usito: nombre familiar dado a Amílcar U. Por sus compañeros en el Nadaísmo.*

## EL ESPERADOR

*Estaba yo en un alto monte y vi un hombre gigante y otro raquítrico. Y oí así  
como una voz de trueno. Me acerqué para escuchar y me habló diciendo:  
Yo soy tú y tú eres yo; donde quiera que estés, allí estoy yo. En todas las  
cosas estoy desparramado y de cualquier sitio puedes recogerme, y  
recogiéndome a mí te recoges a ti mismo.*

Evangelio Gnóstico de Eva.

Hasta los trece años vivió en lo alto de una montaña donde despuntaba el sol.  
El sol que ardía en las nubes y le revelaba los preceptos del día.  
Abatía las tenues brumas con sus gritos, y vivía enamorado del agua cuando descendía furiosa del cielo,  
arrancando gajos de árboles con sus brazos de viento.  
Y también de la humilde agua que corría encantada por bosquecillos de hojas y le lavaba los pies.  
Porque en aquel alto monte hizo su primera comunión con todas las cosas,  
por donde vinieron a ser iguales el árido escorpión que inca su aguijón en la rosa,  
y el albo copo de nieve que sepulta al escorpión aprisionándolo entre sus cautas tenazas de frío.

Cuando el soplo de la montaña ha penetrado el corazón del hombre ya no puede éste ser sino como un árbol.

Sus enemigos son el rayo y la tormenta, mas entretanto, todos los seres del bosque se guarecen en él.

Y él espera y todos esperan en él.

Y al decimocuarto año, albergando en su corazón todas las cosas, inclusive un puñal de brillante hoja, se dirigió a un monasterio de los Andes y allí estuvo seis años esperando que transcurriera su adolescencia, como antes había esperado que transcurriera su niñez.

En este lugar un torrencioso y ululante viento que venía del río inundaba el claustro, golpeando las puertas.

Entonces el Esperador se recogía contra un muro y aguardaba un poco de calor de pecho, pero la lluvia no tenía sino sólo ojos como charcos, que lo miraban con sus pupilas grandes, como si lo quisieran delatar.

Y el Esperador huía y se encerraba en inmensas salas oscuras de muchas ventanas donde arreciaba la soledad.

Y estuvo un tiempo a la orilla del gran río, sentado sobre las grises cenizas de palma, como antes había esperado el transcurso de sus más tiernas edades.

Sobre las lomas se sentaba a esperar la tarde que venía navegando por el río con sus remos de viento y su bandera de sombras desplegada.

Meditando entre las piedras negras permanecía cuando el gran pez dorado atravesaba la noche tragando migajas de estrellas.

Después marchaba a su choza de palma, y no apagaba su lámpara mientras dormía, porque ella era como una esperanza de la mañana.

Y al vigésimo año subió hasta la ciudad de las luces y estuvo allí tres años esperando que transcurriera su amor.

Y luego subió a la ciudad de las águilas y estuvo trece años haciendo penitencia bajo la lluvia.

Y bajó de la cordillera con su manto de lana blanca y estuvo tres años andando por el país y esperando que transcurriera su alma.

En las tierras bajas, húmedas y cálidas habitó, y todos los días se internaba en el bosque, a través de la mañana de hierbas húmedas, y se lavaba la cara con el río.

Hasta que llegó a una extraña y maravillosa ciudad cuyas calles podían ser recorridas día y noche sin cansarse.

Y en ella estuvo muchos años esperando que transcurriera la esperanza.

No había para él nada que le fuera extraño y, a veces, esperando inmóvil sobre el agua, se dejaba arrastrar por la corriente sin darse cuenta, hasta muchos kilómetros más allá de la ciudad.

Acuclillado junto a uno de los puentes del río, esperando que transcurriera la noche, le pareció presentir como una sombra activa que se preparaba detrás suyo.

—Alguien va a arrojarse al río, pensó.

En ese momento recibió el garrotazo en la nuca.

## LA TORRE DE LOS BUSCADORES DE LUNAS

Contaré aquí uno de los muchos infortunios que le sucedieron a mi amigo el rey de Dinamarca, en el año de 1814:

Él era joven y apuesto y habitaba en su palacio de cristal dorado, rodeado del afecto de su pueblo, mas, perseguido por la desgracia.

Yo lo sé bien porque la amistad del rey me honraba concediéndome una habitación contigua a la suya, comunicada con ésta por una puerta que ninguno de los dos se atrevía a cerrar, de modo que, como no había más salidas, yo estaba obligado a pasar siempre por su cámara, con lo que, frecuentemente, tenía el placer de que me hablara y aún más:

la inmensa responsabilidad de conocer sus secretos y sus costumbres íntimas, por demás correctas y ponderadas.

Cierto tiempo llevaba yo disfrutando de la intimidad del rey, cuando éste contrajo matrimonio con una hermosa dama, cuyo nombre en mi ancianidad ya no recuerdo: podía ser Sonrisa.

No por ello el rey colocó velo alguno en la puerta que separaba nuestras estancias, de modo que su bella esposa aparecía frecuentemente ante mí, en su lecho muchas veces, y su amistad me era tan cara como la del rey.

Ella vestía siempre íntegramente con el color rojo de los reyes, y sus muchas prendas, así las de pesado viso como las más delicadas, de perfume y encaje, me eran bien conocidas y puedo recordarlas una a una.

A los siete días de casados el rey le dijo: —Aún no has sido para mí esposa desnuda. Quiero que vengas a mi lecho, paloma roja, rosa viva, tibio canto, dulce pluma, reina mía.

Yo en mi habitación procuraba estar muerto y no me atrevía siquiera a respirar, pues tenía la obligación de dar mi vida por el pudor de la reina, por la amistad del rey que tan pesadamente me honraba.

Y he aquí que la reina miró hacia mí y comenzó a calzarse su precioso zapato rojo, coronado de rubíes, donde se reflejaba su blanco pie como un ángel sorprendido in fraganti.

Yo me permitía pensar para mis adentros: pero si el rey la quiere desnuda, ¿por qué se calzará su zapato rojo? Si el rey le ha pedido que comparezca desnuda, ¿por qué insistirá en calzarse su precioso zapato rojo, cuyo tacón de coral podría herir el corazón del rey?

Entre tanto el rey apareció frente a nosotros para reclamar la presencia de su esposa, que tardaba. Traía un velo dorado en la mano, ante sí, y tomó asiento al borde de mi lecho.

Yo lo saludé con una inclinación de cabeza y una sonrisa tímida, tal vez un poco equívoca, —vive Dios que a estas alturas de mis años no lo sé—, por lo que el rey se mostró sorprendido y dejó brillar en sus ojos un instante de reproche.

Luego, como ella, con las más tiernas palabras disculpase su demora, el rey tornó a esperarla y, cuando su torso desnudo cruzó la puerta, los ojos embusteros de la reina, indagando rápidamente, encontraron la salida secreta.

La orden de buscarla se dio inmediatamente por todas las alarmas situadas en las almenas, y el rey mismo encabezaba el tropel de los buscadores que escudriñaban todo el palacio.

Yo, tomando el ala izquierda, penetré en el laberinto destinado a los osos de mar, que estaba compuesto por recintos cúbicos contruidos uno entre otro a la manera de las cajas chinas de prestidigitación.

Allí estuve cinco años hasta que el terremoto de 1819 destruyó el laberinto, siéndome dado, por fin, salir del corazón de las cosas a su superficie.

Después supe que, perdida la esposa y el amigo, el rey, creyendo que había sido traicionado por ambos, enloqueció y fue a arrojarse al mar, desde la alta torre de los buscadores de lunas.

Desde entonces mi larga barba blanca ha crecido, crecido...

## APOGEO DEL SUCESOR

Con el rey Arnolde habitábamos, en la misma ala del palacio, Leonor su reina, Herlindo su amante, y Mirleno —este servidor de la belleza de la reina—.

Herlindo era un joven trigueño, tres veces vencedor en el decatión. Sonreía cada vez que le llamaba el rey.

El rey Arnolde era de alta estatura, rubio, de modales delicados pero de corazón feroz. No dejaba nunca sus armas, y vigilaba su reino, su persona y su amor con la misma bala.

De la reina, prisionera en su vasto palacio de malaquita, no hay mucho qué decir. Todos son hechos de armas, conquistas, expediciones, asuntos de oro e intrigas. Los trabajos de los hombres que tan duramente han formado el reino.

En sus habitaciones de cristal la reina lleva una vida transparente, y el rey exige su castidad para que pueda ser reverenciada y admirada por sus hombres de guerra. En la Plaza de Armas los soldados gritan antes de partir: ¡Viva la reina!

Herlindo cabalga al lado del rey; es el portador de sus insignias, y la guardia le acoge con honor. La reina le tiene su sonrisa preparada, un poco triste, pero quizá en el fondo sabe apreciar la agilidad de su cuerpo, su piel brillante, y el natural gracioso de su juventud.

Durante cierto tiempo la vida del palacio transcurre en la rutina: las ejecuciones en el patio del sur, el recibo de cajas selladas en el sótano, el acarreo de provisiones y los deberes oficiales reducidos al mínimo por el carácter nada ostentoso del rey.

Pero una mañana, a las siete, habiéndonos hecho llamar a su presencia en el jardín, el rey, que desconfiaba de las relaciones prolongadas, condenó a muerte a su reina y a su amigo, que no pronunciaron palabra alguna.

Sólo yo me atreví a decir, acercándome al rey: —Arnoldo, nada he hecho contra ti, y me disgustaría mucho que me mandaras matar. Ruego a tu mano que haga por sí misma las podas en este jardín.

El rey rozó su muslo contra el mío y me contestó indignado: —Dígame “Señor”, que es el trato que se da a los reyes. De ahora en adelante me llamará siempre Señor. No lo olvide usted.

Mientras disfruto de la cálida intimidad del rey me propongo escribir en los Anales algunos cantos en memoria de la reina y del joven Herlindo, cuyas estatuas de mármol están situadas a lado y lado de la puerta de las caballerías, frente al hermoso bosque de eucaliptos lleno de pájaros y fuentes, que es la entrada principal del palacio.

---

## CICLO V

### LA REVELACIÓN DEL ALMA

*A lo que llamamos alma es al otro demonio.*

#### LOS HUYENTES

*“A fin de huir; y huir y huir y huir”.*

César Vallejo

Mientras la vieja Muerte, en cuclillas sentada, quema el último leño,  
ellos toman la decisión de huir.  
Cierran los ojos para que ningún obstáculo los detenga y se lanzan amedrentados a través de los montes  
más oscuros y ariazos,  
de día y de noche y no quieren saber nada más.  
Son los perseguidos huyentes, acongojados.  
Hasta el ruido que hace Dios degollando animales en la espesura los asusta.  
En lo profundo del bosque el agua corre pura,  
pero no se detienen a beber.  
El alma y el agua pueden ser puras  
antes de llegar a las ciudades.  
Un viento fresco reina en la montaña  
y vital como el pecho de un joven.  
Pero ellos huyen.  
Sus miembros se traban en el tropel impetuoso de la huida,

muchos se quedan enredados en girones en los árboles de hierro, el viento los desgarrá,  
pero no se detienen. Huyen. Huyen.

El tiempo no importa.

En medio de una gran hoguera encendida con ayuda del Diablo y de Dios

Los mancebúes deliran con sus amantes, violentos como banderas,  
perros llameantes aullantes,

amantes ululantes

como fieras.

Pero ellos huyen.

Todos los colores buscan el negro.

Huyen. Huyen. Huyen.

Todo es demasiado largo para ellos.

En el brasero de la Muerte el último leño se ha apagado  
en cenizas.

Pero la Muerte mete la mano en el rescoldo para calentarse.

Ellos

no tienen muerte que los quiera.

## ENUMERACIÓN DE LOS PASOS EN FALSO

Oigo mis pasos resonando por todos los lugares por donde he corrido:

calles de puertas cerradas, caminos de sólo árboles, y el mercado donde cada uno acaricia una zanahoria  
sonrojada.

Y los muertos atrincherados en sus tumbas, que me disparaban palabras obscenas en la calle del  
cementerio.

Y el bar donde la música hace carambolas en el salón de billares, mientras le muerdo la oreja a un pocillo  
que tengo acorralado entre mis dedos.

Y el andén por donde caminaba pegado a las paredes mientras llovía inconsolablemente,  
yo tratando de llegar a alguna parte para escampar la sangre de la herida que en pleno muslo  
me hizo un desconocido con sus pantalones de vaquero.

Y el largo puente sobre el río Cauca, donde amé como se hace siempre en plenilunio,  
a un lejano muchacho cuatro años antes de que se estrellara en su motocicleta contra un camión que  
transportaba carbones de la época cuaternaria.  
Y yo con mi pecho debajo de mi vestido de caucho en la hondonada,  
mientras el huracán arrastraba truenos y se revolcaba debajo del puente echando relámpagos por la boca.  
Después comiendo helados bajo los neones, y mirando el asfalto mojado y los reflejos de la calle y de los  
ojos y de los vidrios y de los automóviles,  
y un señor con un paraguas dándole de comer maní a un perrito de felpa que decía *mamá* si uno le daba  
cuerda con una llavecita.  
Y un amor que tuve en el Polo con una foca dorada, de cuya piel un zapatero de Londres me hizo un par de  
zapatillas frescas quince meses después para el verano.  
Más tarde me quedé dormido al pie del sicomoro donde el profeta Eliécer enterró las uñas en el mes de  
Adar,  
y vi el pueblo desfilando con sus vestidos de colores y sus trastos y frutas en la cabeza,  
pues dormir es regresar al pasado.  
Y al despertar había junto a mí una mujer y la tomé y le di un hijo,  
y esto también fue un paso en falso.  
Y se mezclaban a diario las grandes y colectivas cosas con las pequeñas y personales, pero siempre me  
movía entre ellas falsamente,  
recordando a mi perro cuantas veces estuve en peligro de muerte.

Actualmente tengo trescientos sesenta y cinco años, y escondo en mi barba un puñal de acero de la era  
atómica. Este puñal me será útil si alguien ha ocupado mi asiento numerado en el Cielo.

## VOLAD Y ME VERÉIS

Aquí estoy recolectando cosas:

Desde el primer sollozo que vertí en un cuarto lleno de fantasmas,  
y desde el primer verso sentimental bordado en el bastidor de la noche con las embarazosas agujas de la  
retórica,  
hasta la última imprecación lanzada en el más sórdido suburbio,

o la ironía o la sabia mirada del que ya no puede tener límites porque ha sido invadido por el viento.  
Desde el primer hombre que amé hasta el último que traicioné,  
y desde el primer sorbo helado en la encantada linfa del bosque hasta el más emponzoñado veneno.  
Desde la primera carta de amor donde temblaba de inocencia y de ansiedad,  
hasta el más peligroso anónimo portador de la amenaza de muerte y el oprobio.  
Desde el más tierno color de la acuarela en el espejo del paisaje,  
hasta la niebla más espesa donde no puede penetrar ni el agudo hilo de luz del sinsonte.  
Desde el muñeco de celuloide lleno de algodón y el caballo de lana revestido con cuero de conejo en las  
orejas,  
hasta el maniquí del ahorcado colgando toda la noche frente a la reja de mi prisión en la Penitenciaría del  
Araracuara,  
y desde el salto de una roca de cien metros sobre un mar profundo y retador,  
hasta este tiempo en que estoy aquí recolectando todas estas cosas, como un gusano caído de la rodilla de  
San Simeón,  
construyendo con ellas esta ciudad de estalagmitas donde ni los buitres arriman,  
pero donde, sin embargo, no dejan de venir a reflejarse, de noche en noche, las estrellas de Dios  
para avisar que no me preocupe, que a nadie le importa.  
Entonces yo seguiré aquí juntando cosas  
hasta que mi ciudad crezca y se extienda por todo el continente,  
y cuando lo haya cubierto todo vosotros me podréis ayudar a trasladarme al otro polo.

## MARCHA DE LOS ESCUÁLIDOS

*Dicen los Naassenos que el alma es difícil de encontrar y de  
comprender.*

Hipólito de Roma

Vedlos, ahí van,  
bajo el antiguo poder hipnotizador del invierno,  
tan débiles como los hilos de agua que el viento inclina a contraluz,  
apoyados unos en las rodillas de los otros,

salmodiando un antiguo himno de su país,  
en donde se habla de un viaje muy largo que todos tenemos que hacer;  
pero el papiro fue cortado y el canto se interrumpe a mitad de una palabra,  
y se prolonga en un susurro de búsqueda e indecisión,  
hasta morir varios pasos más adelante entre las manos desgonzadas,  
que con la punta de los dedos van dejando un largo surco de abatimiento.  
Yo los contemplo  
con la expresión del nieto del rey Lugal-Kisalsi.  
Desde mi lugar no puedo reconocer a nadie ni ser reconocido;  
yo estoy aquí, tranquilamente instalado,  
comiendo el maná que un ángel trae todos los días a mi tienda, disfrazado de lechero.  
Ellos pasan al amanecer en busca de su alma y me despiertan con su brumoso salterio,  
pero yo sé que nunca encontrarán nada y por eso me río,  
porque yo tengo todas las almas guardadas debajo de mi cama  
para chuparles la cabeza a media noche.  
La querida calavera que me acompaña se ríe en su anaquel,  
y me hace una vulgar mueca de asentimiento,  
¡oh vosotros, concupiscentes criaturas, escuálidos de perdón y amaneramiento,  
buscando lúgubrementemente un alma, como si no os bastara con condenar vuestro cuerpo!

## EL CIELO NOS ESPERA CON LA BOCA ABIERTA

*Como estiércol serán sobre la haz de la Tierra.*

Jeremías XXV, 33

Ahora nos alejamos de vosotros porque venimos de vosotros,  
de vuestra contradictoria casa con piso de tierra y techo de cielo,  
donde crecen vuestros crímenes desde la infamia hasta lo sublime,  
donde vuestro corazón recibe el oprobio y la alegría de manos desconocidas,  
¡Oh prisioneros de las estrellas, vosotros que sois el secreto de Dios!

Dementes,  
corroídos por vicios que no figuran en los anales de la psiquiatría,  
purulentos,  
nauseabundos,  
lamiendo el vómito de los perros con nuestra tremenda lengua sanguinolenta,  
llamamos a toda clase de bichos para que se ceben en nosotros,  
pero ellos, horrorizados, nos niegan su venenosa presencia.  
El escarabajo pasa a ochenta metros de distancia, disimulando su asco,  
y el cuervo no puede contener la náusea volando a doscientos metros sobre nuestra cabeza.  
Hasta los gusanos nos desprecian y se alejan de nuestro lado, arrepentidos y llenos de compasión,  
pues nuestro pestilente gemido los mata.

Y yacemos aquí  
como un amasijo de lepra  
revolcándonos en un estercolero  
en espera del fin del mundo  
para poder entrar en el Cielo.

## CÓMO ME CONVERTÍ EN MONSTRUO

*“Oculto en sus cavernas, el Poeta sintió sus males horribles,  
Y un bulto de carne creció en su cabeza, y escamas en su  
espalda y costados”*

William Blake

Contaré aquí cómo me convertí en monstruo, para lección de futuras generaciones, y de los que educan a sus hijos:

Difícilmente mi mano, transformada en garra, puede tomar la pluma y dibujar torcidamente las letras; empero, haré este último esfuerzo antes de que la Muerte me abata con su coletazo final, porque pienso en aquellos jóvenes que están propensos a convertirse en monstruos como yo,

y para liberar, por medio de este último acto, mi alma a la que mando andar errante por las cavernas después de mi muerte.

El cabello se eriza en mi cabeza y también el vello de mis brazos, y el frío maligno que me recorre hace temblar todo mi cuerpo al escribir estas líneas,

¡Oh vosotros, amantes de los monstruos, a quienes lleváis jalea hasta las más profundas grietas de la tierra! Sabed, pues, que en aquel día de la costa yo era joven y me bañaba desnudo en el agua salada, respetado por los tritones y jugando con los peces que venían a colear en mi mano.

Mi padre, en su casa del horizonte, se pasaba todo el día reforzando las redes con hilos de su larga barba blanca,

y mi madre, desde las estrellas, no me veía.

Entonces vino el hijo del guardafaro con su novia de alambre,

y una urraca posada en el hombro derecho, que recitaba un poema mágico escrito muchos siglos atrás por un famoso monstruo de Asia.

Mi padre, en su casa del horizonte, envolvía a mis hermanos en redes,

y mi madre, desde las estrellas, no me veía.

Entonces el hijo del guardafaro me convidó a ir hasta una isla donde conseguiríamos una urraca para mí, que recitara poemas escritos muchos siglos atrás por los más famosos monstruos del Asia.

Al norte de la isla se levantaba una gran ciudad, empalmerada y más luminosa que el cielo estrellado.

Dirigiéndonos hacia ella, llegamos a la hora en que se encienden las girándulas,

y nos fuimos inmediatamente al distrito donde pregonan los vendedores de urracas, en los alrededores del puerto.

Varios años permanecemos extraviados en las calles de la ciudad, sin lograr encontrar la salida para el regreso,

porque los poemas eran engañosos y describían equivocadamente los planos,

a fin de retener a los escogidos hasta que los colmillos se les pusieran puntiagudos y ya no pudieran abandonar jamás la isla.

Y durante aquellos años una mano huracanada me dio a beber todos los días el licor que aparta de los semejantes.

Entonces busqué esta caverna, más allá del Norte, y en ella he permanecido solitario mirando transformarse mis miembros y cubrirse de escamas mi cuerpo,

y a todo aquél en quien se detiene mi pensamiento empiezan a crecerle colmillos puntiagudos.

## CAUTIVERIO DEL MONSTRUO

Aquí, desde la costa, miro la noche impenetrable.

Al otro lado del mar están las ciudades luminosas y llenas de voces,  
mas, a mi alrededor sólo el embate del océano contra mi memoria en la oscuridad,  
y rebaños de nubes salvajes.

Mi nombre contra la piedra, y éste es el relato de mi cautiverio,  
desterrado más allá de las islas, en la última línea del horizonte que le da la vuelta a la tierra.

Y tú, ballena azul que has venido a mirarme, escucha:

sólo puedo comer los peces que caen del Cielo, ése es mi único contacto con los seres, y mis dedos soban su  
piel recamada de rocío,  
mis dedos con pico de pájaro para escarbar las arenas.

Diviso dentro de mí todas las cosas de la Tierra,  
y sé que hay surtidores de música en las ciudades,  
y que el agua vuela de un lugar a otro sobre las nubes,  
mas ya no volveré a las ciudades y mi soledad es grande bajo las nubes,  
¡Oh hielos, auroras, inmensa agua desnuda!

En el polo mi más cálida cercanía, y el alma se arrastra sobre las rocas encadenada a mi pie.

“Todos creen conocer el amor”, decía un inri colocado en el palo de gavias,  
y ahora el barco yace cerca de la costa, pesado de arena, y sobre la punta del palo, en la baja marea, viene  
a gritar un pájaro marino, de largas alas como velas.

Y el barco tenía también inscripciones sobre la soledad, inscripciones sobre el olvido, y amonestaciones  
sobre la memoria,  
y palabras acerca de todo lo que debe saber un monstruo.

¡Mi nombre contra las olas, y que retumbe mi grito sobre los mares!

Hablo con la sombra del día —a la entrada de mi caverna, el mar empinándose sobre el acantilado—  
hasta que viene la noche condecorada con una gran medalla de oro,  
la noche donde la voz se pierde en los pliegues del mar.

Y el alma escucha mi relato, sentada como un perro de guía,  
con la cabeza erguida, las patas delanteras rectas,  
y el pecho blanco donde mis dedos buscan un poco de calor.

Exigua memoria acompaña al desterrado,  
y el alba rosada le sorprende repitiendo la misma historia de amor,  
hasta que fue convertido en monstruo y colocada esta tabla para avisar del peligro a los viajeros:

*“Que ningún barco y ningún animal marino ni celeste  
pase a menos de diez millas de esta costa,  
y que los peces se traguen al mar si el mar permite que esta ley sea violada”.*

## VISITA DE LA BALLENA

He aquí que una ballena ha venido a visitarme.  
Desde lejanas regiones del mar ha venido a visitarme y me saluda con tres surtidores de niebla,  
deteniéndose a la entrada de mi cueva para solicitar audiencia.  
Acudo a recibir a la ballena (a quien Dios salude) y habiendo entrado ambos en intimidad inmediatamente,  
le hablo de mi juventud en una gruta del alto pico del Aconcagua,  
y de la salida del sol detrás de mis orejas,  
y, dándole palmadas en su impenetrable piel nos reímos como dos amigos,  
la ballena, bus de los mares, y yo que recibo su visita a la entrada de mi cueva,  
y charlamos hasta el atardecer, descansando sobre el brillante tapiz de las arenas penetradas de luz.  
Ella me cuenta lo que ha visto en las profundidades de los océanos,  
los naufragos viviendo en los barcos sumergidos y sus extrañas costumbres,  
y lo que sucede en el mar durante la noche.  
Después de que la ballena ha hecho uso de la palabra según las leyes de la hospitalidad,  
y de las normas que rigen los actos de los visitantes,  
yo comienzo a hablarle de las profundidades de mi alma y cuando hago una pausa, a la hora del crepúsculo,  
no me responde.  
Entonces la arrastro y la deposito a la orilla del mar para que éste la recoja,  
y al alba, cuando la marea se retira, la despido con mi mano en alto.  
La ballena (a quien Dios respete y salude) se aleja rápidamente mar afuera y va a estrellarse contra el disco  
del sol que acaba de aparecer en el horizonte.  
Dando la espalda a este espectáculo regreso a la cueva para besar los escorpiones de mi angustia,

¡Oh monstruo que me habéis recluso en este monte,  
a fin de proteger al mundo de mi extraña maldad!

## EL HIJO DE LA BALLENA

*Lo restante del camino, de la medida justa, del Tiempo, del Siglo,  
descanso en silencio*

Evangelio de María Magdalena

Cercano ya de mi muerte y entregado a los recuerdos bajo la sombra de mi árbol preferido,  
sobando los bordes de mis heridas con mi dedo enconado,  
en un solemne momento de la memoria encuentro aquel, dichoso sí, también, mas profundamente  
conmover, hasta el martirio,  
cuando, estando yo prisionero de Satanaíl, en una roca frente a los océanos del norte,  
el hijo de la ballena venía todos los días a la ensenada,  
su sonrisa brillando con las últimas luces de la tarde, las que atraviesan el aire como barcos de aluminio.  
Durante largo rato pulsábamos la fuerza de nuestras manos, después de lo cual, con su sonrisa de  
despedida,  
se alejaba chapoteando en la noche como un reflejo.

Ahora afloran los gusanos a mi boca, los siento subir por mi garganta y descansar en mi lengua,  
y los escupo con desdeñoso gesto.  
Pero en aquel tiempo, el joven hijo de la ballena ¡qué cuerpo tenía! Piel como un pizarrón, espejeada, que  
mis dedos no lograban arañar,  
¡Y cuánta fuerza acumulaba, que casi era capaz de derribarme!  
Sus dientes blancos se alejan mar afuera mirándome, mientras se hace oscuro alrededor,  
y la tinta de la noche se me entra por la boca y las orejas para ahogarme.  
Esta cicatriz en el brazo derecho me la proporcionó jugando, hace más de mil años, para que siempre me  
acordara de él,  
de las muchas tardes que vino a acompañarme en la bahía, durante mi cautiverio,  
y del secreto que me confió acerca de la duración de los mares,

así como de los lugares donde se encuentran los tesoros que nunca tuve necesidad de buscar.

Cuando expire sepultadme con este brazo fuera de la tierra,  
pues en él está grabado todo lo que necesitáis saber  
cuando vengan los convulsivos siglos que preceden a la extinción y el silencio.

---

## CICLO VI

### APROXIMACIÓN A LA MUERTE

*—¿Dónde está la muerte?*

*—Ya viene, —dijo el otro.*

*HERMANN HESSE*

### AVISO A LOS MORIBUNDOS

A vosotros, los que en este momento estáis agonizando en todo el mundo:  
Os aviso que mañana no habrá desayuno para vosotros;  
vuestra taza permanecerá quieta en el aparador como un gato sin amo,  
mirando la eternidad con su ojo esmaltado.  
Vengo de parte de la Muerte para avisaros que vayáis preparando vuestras ocultas descomposiciones:  
todos vuestros problemas van a ser resueltos dentro de poco,  
y ya, ciertamente, no tendréis nada de qué quejaros, ¡Oh príncipes deteriorados y próximos al polvo!  
Vuestros vecinos ya no os molestarán más con sus visitas inoportunas,  
pues ahora los visitantes vais a ser vosotros, ¡y de qué reino misterioso y lento!  
Ya no os acosarán más vuestras deudas ni os trasnocharán vuestras dudas e incertidumbres,  
pues ahora sí que vais a dormir, ¡y de qué modo!

Ahora vuestros amigos ya no podrán perjudicaros más, ¡Oh afortunados a quienes el conocimiento deshereda!

Ni habrá nadie que os pueda imponer una disciplina que os hacía rabiar, ¡Oh disciplinados y pacíficos habitantes de vuestro agujero!

Por todo esto vengo a avisaros que se abrirá una nueva época para vosotros en el subterráneo corazón del mundo, a donde seréis llevados solemnemente para escuchar las palpitaciones de la materia.

A vuestro alrededor veo a muchos que os quieren ayudar a bien morir, y que nunca, sin embargo, os quisieron ayudar a bien vivir.

Pero vosotros ya no estáis para hacer caso de nadie, porque os encontráis sumergidos en vosotros mismos como nunca antes lo estuvierais, pues al fin os ha sido dado poder reposar en vosotros, en vuestra más recóndita intimidad, donde nadie puede entrar a perturbaros.

Vuestro suceso, no por sabido es menos inesperado, y para algunos de vosotros demasiado cruel, como no lo merecáis, mas nadie os dará consolación y disculpas.

De ahora en adelante vosotros mismos tendréis que hacer vuestro lecho, quedaréis definitivamente solos y ya no tendréis ayuda, para bien o para mal.

Os ha llegado vuestro turno, ¡Oh maravillosos ofendidos en la quietud de vuestra aristocrática fealdad! Tanto que os reísteis en este mundo, mas ahora sí que vais a poder reír a todo lo largo de vuestra boca, ¡Oh prestos a soltar la carcajada final, la que nunca se borra!

Yo os aviso que no tendréis que pagar más tributo, y que desde este momento quedáis exentos de todas vuestras obligaciones.

¡Oh próximos libertos, cómo vais a holgar ahora sin medida y sin freno!

Ahora os vais a entregar a la desenfrenada locura de vuestro esparcimiento, no, ciertamente, como os revolcabais en el revuelto lecho de vuestros amantes, sino que ahora seréis vosotros mismos vuestro más tierno amante, sin hastío ni remordimiento.

Apurad vuestro último trago de agua y despedíos de vuestros parientes, porque vais a celebrar el secreto concilio

en donde seréis elegidos para presidir vuestra propia desintegración y vuestra ruina definitiva.

Ahora sí que os podréis jactar de no ser como los demás, pues seréis únicos en vuestra inflada podredumbre.

¡Ahora sí que podréis hacer alarde de vuestra presencia! Yo os aviso que mañana estrenaréis vestido y casa y tendréis otros compañeros más sinceros y laboriosos, que trabajarán acuciosamente día y noche para limpiar vuestros huesos.

Oh vosotros que aspiráis a otra vida porque no os amañasteis en ésta: yo os aviso que vuestra resurrección va a estar un poco difícil, porque vuestros herederos os enterarán tan hondo, que no alcanzaréis a salir a tiempo para el Juicio Final.

## LA CENA DE LOS MUERTOS

*Al acostaros, no dejéis la leche ni el pan sobre la mesa: atraen a los muertos*

Rainer María Rilke

I

Los tiernos muertos vienen a beber en mi vaso,  
y silenciosamente rondan en mi aposento,  
alargando sus tímidas trompas hacia los panes  
que apenas sí se atreven a rozar con los dedos.

II

Penetran por el hueco de la llave uno a uno,  
evitando en la sombra tropezar con las lámparas,  
y van mañosamente a ponerse a la mesa  
donde les he dejado: leche, pan y una carta.

### III

El pan se desharina en sus dedos temblones  
y la flecuda lengua lame el fondo del vaso,  
con presurosa angustia disputando las sobras  
que el frío soplo del viento sobre el mantel esparce.

### IV

Entrada la mañana, al volver a la estancia,  
corriendo las cortinas para abrir las ventanas,  
cuando la sombra vuela hacia el día como un pájaro,  
sobre la mesa encuentro intocada la carta.

## COPLAS DE LA MUERTE

La Muerte me coge el pie,  
yo la cojo del cabello;  
si se queda con mi pie,  
me quedo con su cabeza.

La Muerte me coge un brazo,  
yo la agarro con el otro;  
cuando amanezca estaremos  
dando vueltas en redondo.

Si la Muerte entra a mi alcoba,  
me arrojó por la ventana;  
y si sale y me persigue  
corro al río y me echo al agua.

Si me encuentro con la Muerte  
¡Qué susto le voy a dar!  
Le diré que en la otra esquina  
me acaban de asesinar.

Para que nunca me encuentre  
la muerte, aquí me le escondo.  
Si les pregunta por mí,  
digan que no me conocen.

## PALABRAS DE INVIERNO

Mi inocencia flotaba en el viento, bella como la manzana antes de ser mordida.  
Pero su pensamiento taladraba ya mi corazón, sin que yo lo supiese,  
empujándome sobre las cosas hasta un rincón de la ciudad,  
donde al fin lograría, por sobre el cielo y la tierra,  
derribar el carmín de mis mejillas.  
Cuando me veía se asustaba como si lo estuvieran juzgando.  
Ante todo ser bello temblaba como si él mismo lo hubiese inventado.  
Durante mucho tiempo su pasión ardió en mí, porque había hecho de mí el centro del universo, para  
orientarse.  
Ahora yace muerto. Pero, cuando vivía, para él no había más Dios que yo; ni nada más bello ni más  
misterioso que yo.  
Y de esta manera le rendía tributo a la tierra, la tierra que es nuestro único cielo.  
Mujeres, hombres, animales, minerales, vegetales y cosas, seres todos de toda especie, sus amantes,  
que fuimos a su casa, a su lecho, o vino él a nuestro lecho y nuestra casa,  
en el bosque, en el desierto, en el mar, en la montaña, en la ciudad, en el viento,  
no somos más que cosas que ruedan, hechas todas a imagen y semejanza de Dios,  
pero los poetas ponen en nosotros demasiado conocimiento, demasiada esperanza, podríamos decir.  
Los poetas, que son sólo perturbadores del alma.

Ahora que él ha entrado a parecerse a nosotros,  
ahora que se multiplica y se divide y que puede visitar varios lugares a la vez,  
ahora que puede presentarse ante cada uno de nosotros con un rostro distinto,  
ahora que puede decirnos una cosa diferente a cada uno con las mismas palabras,  
ahora que se complace en desfigurarse cada vez más en imperfectos espejos,  
ahora él es uno de nosotros en nuestro reino.

El gusano dice “Yo” con una parte del alma del muerto, el cual se reconoce en él y habla por su boca;  
el gusano, que se pinta los labios con ceniza para parecer bello a la Muerte;  
la Muerte celosa que escarba día y noche en las tumbas en busca de un recuerdo de amor;  
el Amor que huye hacia los estados primitivos del alma, hacia la primera selva del mundo,  
referencia de la pintoresca raza del hombre.

En el obscuro hueco de su tumba habitaréis con él.

Que sus últimos actos os sean agradables, oh vosotros, privilegiados bichos, portadores de la voluntad de  
Dios y ejecutores de sus misterios,  
¡Quién lo creyera!

## AFRENTA DE LA MUERTE

*La Muerte, acompañada de sus seis hijos...*

Evangelio de Bartolomé. (Recensión copta)

He aquí que de repente aparece la Muerte acompañada de sus seis hijos,  
de los cuales tres son varones y tres son hembras.

Yo la miro fijamente y la escupo a la cara,  
y ella me lanza una palabrota por debajo de su manto raído.

*—Mala Muerte, mala Muerte:*

*si yo te preñé seis veces*

*te puedo preñar las siete.*

Cuando yo estaba enfermo vino el Gran Visir a mi alcoba con sus seis amantes,  
de los cuales tres son varones y tres son hembras,  
y abriendo la puerta a las tres de la madrugada,  
los echó desnudos sobre el tapiz, a los pies de mi cama,  
y cohabitó con ellos al borde de mi fiebre.  
Después yo tuve que ponerme a pelear con la Muerte, hasta que se estuviera callada.

*—Mala Muerte, mala Muerte:  
si te preño siete veces,  
puedo preñarte las nueve.*

El día que llegué al puerto para tomar posesión del barco en que habría de dar la vuelta al mundo,  
la Muerte, con su pañuelo rojo atado al brazo, quiso echarme al mar por la pasarela,  
y tuve que darle una patada en la boca.  
Pero ella me esperaba siempre en los cuatro puntos cardinales  
acompañada de sus seis hijos, de los cuales tres son débiles y tres son gigantes.

*—Mala Muerte, mala Muerte:  
si te preñé en Nueva York  
te preño en Alejandría.*

La Muerte me perseguía por toda la cordillera de los Andes con su maletín negro en la mano.  
La muerte andaba detrás de mí por los pasillos del Banco de Londres & Montreal Ltda.  
La Muerte me acechaba en las avenidas de Río de Janeiro disfrazada como un vendedor de esencias.  
La Muerte, llena de impaciencia, mordía uno a uno los ciento veinte dedos de sus seis hijos,  
de los cuales tres son bizcos y tres tienen el labio partido.

*—Mala Muerte, mala amiga:  
si yo te preñé de noche,  
puedo preñarte de día.*

La Muerte me manda paquetes postales ahumados al apartado de correos 5094,

la Muerte introduce amenazas anónimas por debajo de la puerta de mi casa, en el número 4 de la calle 14,  
la Muerte me espera en las escaleras, en las bocacalles, en los grandes almacenes de especias,  
la Muerte me manda razones con el juez, me escribe insultos con carbón en las paredes.

*–Mala Muerte, mala esposa:  
vivo o muerto da lo mismo,  
te empreño de todos modos.*

La Muerte les habla mal de mí a los vecinos, me empuja en el metro, me espera a la salida de los cines,  
la Muerte me oculta las recetas del médico, me derrama la leche, me esconde las medias,  
la Muerte manda sus hijos a que me tiren piedra, que se burlen de mí, que me muestren la lengua,  
la Muerte obstruye las cañerías de mi casa, se orina en el zaguán, abre goteras en el techo.  
Es evidente que la Muerte me persigue. ¿No les parece a ustedes?

---

*Epitafio:*

AQUÍ VIVE  
JAIME JARAMILLO ESCOBAR

EPILOGO

Por GONZALO ARANGO  
(Contraportada de la primera edición)

En un reportaje, único que ha dado en su vida, el poeta X-504 me dijo: “El secreto de mi estilo está en que escribo siempre desnudo”. Seguramente este estilo de ser poeta, de absoluta desnudez formal, lo consagró por unanimidad Premio de Poesía Nadaísta 1967, con su libro *Los poemas de la ofensa*.

Cuando el Nadaísmo estalló sus consignas de revolución al servicio de la barbarie, X-504 tomó en Cali la bandera de la insurrección literaria. Ese seudónimo hizo famoso a uno de los más grandes poetas de nuestra generación. Pocos conocían la identidad del revolucionario del arte y el burócrata de la Recaudación de Hacienda. El lo quería así, por una alergia natural a la publicidad. Un día decidió descorrer el velo y cambiar su placa de poeta por su verdadero nombre: Jaime Jaramillo Escobar. Fue una decepción. El mito que había creado era indestructible, había calado demasiado hondo en la conciencia de su generación para ser borrado de un plumazo. Todos lo seguimos llamando X-504, o simplemente X. Le será difícil deshacerse del fantasma que ocultaba su verdadera realidad, tan real que es otro misterio. Pues este gran poeta es, paradójicamente, un maniático del trabajo. Lo ejerce como sustituto de la droga heroica, como evasión de los secretos conflictos de su conciencia. En su vida cotidiana es el poeta menos proustiano de la literatura, aunque sostiene que la eternidad tiene tiempo de esperarlo.

Como este solitario es alérgico a la gloria y a los fotógrafos, no quiso venir al acto académico nadaísta a recibir el Premio de Poesía Cassius Clay (“el que más duro pega”), que se ganó con *Los poemas de la ofensa* entre ochenta libros concursantes. Alegó que estaba muy ocupado.